**Angel Rama: La aventura de Marcha en su destino intelectual**

Prof. Ana Inés Larre Borges

En agosto de 1982 -el Uruguay todavía bajo la dictadura militar iniciada con el golpe de1973- Carlos Quijano, fundador y director del semanario Marcha, escribe una carta a un amigo y antiguo colaborador desde su exilio mexicano: *"Quisieron y quieren borrarnos de la faz de Uruguay: pero no nos han derrotado ni nos derrotarán. Algo, poco –una pisada en la arena- quedará de nosotros, de los cuarenta años de esperanza y empeño de nuestra Marcha"*[1]. El doctor Quijano, pasaba ya los 80 años e iba a morir en el exilio un año antes del retorno de la democracia al Uruguay. Esa "pisada en la arena" había sido por más de cuatro décadas, un instrumento que cambió y construyó la vida política y cultural del Uruguay de la segunda mitad del siglo XX, un referente también para algunos lectores en algunos lugares de América Latina, y, sin dudas, también, el sentido de su vida. Cuarenta años antes, en 1939, este economista y abogado venido del ala independiente y progresista del Partido Nacional o blanco, este periodista formado en la lucha contra las dictaduras filofascistas de los años 30 e imbuido de un arielismo rodoniano, había fundado Marcha imprimiéndole desde sus orígenes un perfil claramente americanista y antimperialista. Aquella Marcha de los orígenes –la más desconocida internacionalmente- contaba ya con un elenco bastante excepcional. En política, además de Quijano, un pensador e historiador de las ideas como Arturo Ardao, de secretario de redacción un oscuro escritor llamado Juan Carlos Onetti que ese mismo año publicaría de un modo altamente artesanal un pequeño libro titulado *El pozo*, en teatro otro escritor notable -Francisco Espínola-, en plástica, el maestro Joaquín Torres García.

El 23 de junio de 1939 salió bajo la divisa de "Navegar es necesario" el primer número de Marcha y el 22 de noviembre de 1974, después de 1.676 ediciones, el último, porque el semanario fue entonces definitivamente clausurado por la dictadura militar. En esos años pasaron por Marcha los nombres más

significativos de la intelectualidad uruguaya, se iniciaron carreras y destinos y se cimentaron o destruyeron prestigios. Las amarillentas páginas de la colección atestiguan así la aparición primera de un precoz ilustrador de menos de veinte años que firmaba Gius pero que muy pronto está escribiendo notas bajo la firma de Eduardo Galeano, guarda los irreverentes reportajes de otro veinteañero que luego se haría famoso por su voz grave y sus canciones rebeldes y poéticas y que era Alfredo Zitarrosa y contiene entre tantos otros tesoros las crónicas desde Sierra Maestra del periodista Carlos María Gutiérrez. También acogió en sus páginas colaboraciones de algunos de los nombres más significativos de América Latina como Augusto Roa Bastos, Mario Vargas Llosa, David Viñas, José María Arguedas, Ernesto Sábato, Carlos Drummond de Andrade, Roberto Fernández Retamar, Sebastián Salazar Bondy, Noé Jitrik, Jaime Rest, César Fernández Moreno, nombres que, si ensancharon la agenda y enriquecieron los contenidos del semanario, también por efecto multiplicador acrecentaron el prestigio continental de la publicación. Después de la clausura y ya desde el exilio, su director, con la complicidad del disperso equipo periodístico, insistió como forma de resistencia y militancia en la publicación más o menos periódica de los Cuadernos de Marcha. Fue justamente en uno de esos Cuadernos y el mismo año en que Quijano escribía sobre la huella de Marcha, que Angel Rama publicó "La lección intelectual de Marcha", donde repasa su experiencia y hace una valoración retrospectiva del semanario: *"Mi relación con el semanario uruguayo Marcha es tan larga como toda mi existencia (... ). Comenzó en 1939, cuando apareció su primer número que, la impenitente curiosidad de mis 13 años me llevó a comprar, y desde entonces no cesó. ".* [2]

Tenemos entonces ya a nuestros dos protagonistas. Marcha y Rama, una dupla en tensión. Y es esa dialéctica la que me gustaría auscultar. El intelectual que escribe y deja su impronta en las páginas del semanario, pero que es asimismo moldeado por esa misma práctica. Ver el modo en que interactúan el pensamiento intelectual con la praxis cultural que significa el periodismo.

RAMA EN MARCHA: En el texto que citamos, Rama cifra el inicio de su relación con Marcha veinte años antes de la fecha en que asumió como director de las páginas literarias, tarea que desarrolló en la febril década que va de 1959 hasta 1968 –lo que él mismo llamó sin pudores "los años de esplendor de Marcha"[3]- y que naturalmente es la que se toma en cuenta a la hora de evaluar su trayectoria intelectual. Él, en cambio, ve a Marcha como una experiencia colectiva (histórica) que desborda los márgenes del desarrollo profesional y del protagonismo individual, para extender su influencia a una época decisiva en la historia del país y de América Latina. Elige iniciar su testimonio desde la experiencia primera del lector precoz que fue. Esa condición lo distingue de muchos cogeneracionales, apenas unos años mayores que él, porque Rama fue él mismo un producto de Marcha. "Un marchista crepuscular" –como lo llama Pablo Rocca- porque "en la lectura y las ideas de Quijano y de Marcha se había formado".[4] Esa influencia que recibió de la prédica de Marcha en su primera juventud parece crucial en tanto Angel Rama, como todos los integrantes de su generación, fue un autodidacta "con pocos o ningún curso universitario", en la tradición inaugurada en el 900 que él mismo estudiaría en *La ciudad letrada.* Pero el factor *Marcha* fue en la construcción de Rama como intelectual una variable mucho más activa que la que podía darle la lectura receptiva y silenciosa de cada viernes. En ese sentido no es inocente que Rama prefiriese para su generación la denominación de Generación crítica o de Marcha y no "del 45 "como propuso –y finalmente impuso - Emir Rodríguez Monegal. Y cuando Rama escribe un libro dedicado a esas promociones que se formaron "leyendo, discutiendo o negando" (a Marcha) lo titula *La generación crítica: 1939-1969*, eligiendo dos fechas que le son especialmente significativas, la de la fundación del semanario y la del año en que concluye su tarea como jefe de literarias.[5]

Imbuidos de las teorías generacionales creadas por Juluis Petersen y difundidas por Julián Marías y Ortega y Gasset, los jóvenes del medio siglo uruguayo no recurrieron a la teoría de las generaciones solo como un instrumento teórico, sino que lo vivieron como parte integral de su accionar intelectual[6]. Las revistas –como antes en los veinte para los escritores de vanguardia- fueron decisivas

para el entrenamiento generacional canalizando y alentando la polémica de ideas, la guerra de facciones y la lucha por el poder. En los años de irrupción de la generación que entre otros integraron Carlos Real de Azúa, Mario Benedetti, Carlos Martínez Moreno, José Pedro Díaz, Ida Vitale, Idea Vilariño, Amanda Berenguer, Emir Rodríguez Monegal y Angel Rama, *Marcha* cuyas páginas literarias fueron dirigidas sucesivamente por los dos últimos –con una breve transición a cargo de Mario Benedetti- pareció funcionar casi como una revista generacional más. La breve incursión que el propio Rama había hecho en 1949 –codirigiendo la sección junto a Manuel Flores Mora, luego reconvertido en político- ilustra bien esa etapa de autodefiniciones, dominada todavía por cierta endogamia que daba un aire doméstico a las páginas literarias del período.[7] Aunque el tiempo y la maduración de los protagonistas, elevó el nivel de la polémica y abandonó la obsesiva autorreferencia generacional para ocuparse del ancho mundo y la ancha literatura, parecería que la disputa por el liderazgo cultural, fue siempre un acicate en el desarrollo intelectual de estas personalidades y en la evolución del pensamiento crítico. En *Marcha* esa competencia que H. G. Grombrich reconocía –al estudiar las ciudades renacentistas- como ingrediente imprescindible para el desarrollo de una cultura, encarnó de manera paradigmática en la rivalidad entre quienes fueron los dos grandes críticos del período y responsables de la importante sección literaria del semanario. Su inquina trascendió fronteras y rozó la leyenda. Vargas Llosa la contaba así: "Todo organizador de simposio, mesas redondas, congresos, conferencias y conspiraciones literarias, del Río Grande a Magallanes, sabía que conseguir la asistencia de Angel y de Emir era asegurar el éxito de la reunión: con ellos presentes habría calidad intelectual y pugilismo virtuoso. Angel más sociológico y político, Emir, más literario y académico; aquél más a la izquierda, éste más a la derecha, las diferencias entre ambos uruguayos fueron providenciales, el origen de los más estimulantes torneos intelectuales a los que me ha tocado asistir"[8]. La dicotomía de sus caracteres e intereses parece haber ido creciendo con el tiempo, cultivada por los propios protagonistas cuando vivían o por sus discípulos en una guerra de memorias que cada tanto emerge

en algún episodio de la vida cultural. La persistencia de la rivalidad recuerda al cuento de Borges titulado "El duelo", aunque las batallas entre estos dos críticos fueron quizá menos discretas que las de las borgesianas damas.[9] Admitamos que en algunos rubros la a veces caricaturesca partición de bienes no reportó conflictos: Rama en la izquierda y con un discurso sociologizante, Emir a la derecha y más esteticista o psicológico en su estilo. En grandes líneas cada uno podía reconocerse en la definición aunque a veces se resintiese contra la simplificación. Menos pacífico, en cambio, resultó deslindar el grado de pertenencia y compromiso con las letras de la aldea y la comarca. Fue la gestión de Emir la que quedaría a la defensiva. El propio Rama al repasar su actuación retrospectivamente señalaba que "A él le correspondió la incorporación de escritores internacionales –su conocido anglicismo-, el apoyo a la difusión de Borges y en general del movimiento renovador de Sur, de la lucha contra la mediocridad de la vida literaria nacional y la proposición de valores del pasado, todo dentro de una muy específica y restricta apreciación de lalitratura que lo emparentó al "literato puro". Muy otra fue mi circunstancia: a mí me correspondió insertar la literatura dentro de la estructura general de la cultura, lo que fatalmente llevó a un asentamiento en lo histórico y a operar métodos sociológicos que permitieran elaborar la totalidad, reconvertir al crítico al proceso evolutivo de las letras comprometiéndolo en las demandas de una sociedad y situar el interés sobre los escritores de la comunidad latinoamericana en sustitución de la preocupación por las letras europeas"[10] Defensores del "emirato" han argumentado al respecto señalando que el período en el que le correspondió actuar justifica la relativa indiferencia de Emir hacia las letras latinoamericanas. No parece una defensa baladí. El propio Rama a renglón seguido de la cita anterior señala la variable de su "circunstancia": "Fue también la lección del tiempo porque la revolución cubana, la apertura del nuevo marxismo, el desarrollo de las ciencias de la cultura, las urgencias de la hora, marcaban nuevos derroteros". Nada más cierto. Nunca tan verdadera la vieja frase según la cual se trataba el hombre indicado para el momento justo. Todo parece precipitarse en el momento en que las páginas literarias de Marcha

cambian de mano. Casi diríase que alguien se ocupa de adaptar la escenografía al nuevo actor porque el cambio de programación está ya decidido. En 1958 quedan derrotadas algunas dictaduras de América Latina, en Uruguay después de años ganan los blancos, pero el director de Marcha en un memorable editorial titulado "A rienda corta" rompe con el partido de su tradición y confiesa su adhesión al socialismo. En el 59 Batista huye, Fidel entra en La Habana y Cuba invade las páginas de Marcha.

Angel Rama tenía todos los atributos para hacer de esas circunstancias su ventaja. No fue el único intelectual en verse seducido por la intensidad de los tiempos y por la posibilidad de una revolución liberadora en el continente, pero fue quizás uno de los que asumió esa experiencia en su mayor complejidad. Es verdad que se entregó menos rendidamente al proyecto revolucionario que las entonces nuevas generaciones mucho más radicalizadas, manteniéndose fiel siempre al culto al rigor y la lucidez que eran las marcas de la suya y hubo ocasiones en que debió polemizar desde esa diferencia, pero su curiosidad intelectual y su carácter pasional le dieron una versatilidad apropiada para responder a la aceleración de los cambios que pronto se impusieron.

Daré dos ejemplos. Si bien Angel Rama era en su perfil profesional un estricto hombre de letras –crítico, ensayista literario, dramaturgo, autor de alguna novela, profesor de literatura- cuando el Che llega al Uruguay a la Conferencia de Punta del Este será él junto al joven Galeano los enviados de Marcha a cubrir el evento. Y los nombres de los candidatos hablan tanto de ellos como de Marcha. Lo hizo con natural versatilidad. Fue menos una travesura que una actitud. Rama actuaba ante la incitación del momento y al mismo tiempo elaboraba su teoría sobre esa praxis. Cuando Leopoldo Zea visita el Uruguay tiene con él una entrevista en la que sólo hablan de política y la publica tal cual en sus páginas culturales bajo esta advertencia un poco lúdica: *"Mientras desciendo por el almohadillado hotel de mal gusto estrepitoso, pienso que mi sección literaria de la semana resultará levemente insólita.."* -pero agrega significativamente- *"pienso también que no es casualidad que un diálogo sobre temas culturales haya devenido un intercambio sobre los problemas políticos de América. ¿Acaso*

*todo americano cabal como aquel personaje que interpretaba Chaplin no debe caminar con un pie a cada lado de la frontera".*[11]

Ese tránsito de fronteras fue dejando en su transcurrir por Marcha, algunos temas reincidentes, motivos que exigieron una atención intelectual sostenida y persistieron luego como preocupaciones que Rama habría de retomar sin la premura y las limitaciones del periodismo, pero que fueron forjados y están marcados por la intensidad con que se vive el acontecer histórico en las redacciones, por el contacto con los periodistas políticos y por la necesidad de tomar posición y vivir las ideas peligrosamente. Entre la diversidad de asuntos atendidos por Angel Rama, parecen destacarse así temas como Cuba y la revolución, el papel del intelectual y la novela latinoamericana. Aunque inevitablemente somera la visita, ha de ser ilustrativa.

**La novela.** Si en los anales de la historia literaria los años sesenta han quedado consignados como los de la irrupción de la gran novela latinoamericana y del manido "boom" editorial, nada de eso era visible todavía al inicio de la década. Es así que en abril de 1960 Rama escribe en Marcha que "La novela en América Latina es un género numéricamente muy inferior al poético y apenas equiparable con el ensayístico o el cuentístico"[12] Poco después, en noviembre, el encuentro con Augusto Roa Bastos, entonces el promisorio autor de *Hijo de hombre*, lo lleva a consignar una tímida expectativa respecto al género: Roa*"pertenece a un reducido núcleo de creadores que a lo largo del continente tienen ahora entre sus manos el destino de la novela americana"* [13]. Algo se estaba gestando: la irresistible ascensión de la novela en América Latina se levanta ante los ojos del lector cuando revisa la colección de Marcha. En diciembre, Rama y Real de Azúa asisten a un congreso en Buenos Aires dedicado el género en hispanoamérica y bajo una pregunta promisoria ¿existe la novela en el continente? La respuesta dada desde Marcha es cauta. Existe, dice... "como posibilidad". Pronto el mapa comienza a dibujarse y esa "posibilidad" a concretarse. Rama es al menos uno de quienes sostienen ese lápiz y traza ese

dibujo. En 1961 escribe sobre Cortázar, en el 1962 descubre a Carpentier para los lectores rioplatenses, en 1964 publica sus primeras notas sobre Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, en el 66 sobre Rodolfo Walsh. Escribió sobre cada uno de estos autores antes de que diesen sus obras consagratorias. No es el Cortázar de *Rayuela* el que descubre, sino el de *Los premios,* no el García Márquez de *Cien años,* sino el de *La hojarasca,* no el Vargas Llosa de *Conversación en la catedral,* sino el de *La ciudad y los perros.* Rama crece como crítico a medida que ellos crecen como escritores. La urgencia del periodismo fue por eso el instrumento adecuado para que la crítica literaria fuese una parte tan viva y necesaria como la creación misma. (Rama que en ese mismo período renunció a ser un escritor y un dramaturgo, insistió siempre en que la crítica también es creación). Quizás por eso, en el prólogo a *La novela latinoamericana 1920-1980,* anota con melancolía que debe estar envejeciendo al aceptar "reunir en un volumen lo que yo mismo he escrito en este mínimo lapso (...) en que seguí paso a paso el ascenso de la novela (en) escritos desperdigados en libros y revistas de aquí y de allá, sin orden, respondiendo a la demanda de la hora".[14] Dice también de su pena por haber descuidado la poesía, un género que ama y considera superior. Es seguramente sincero, aunque olvida que su asedio a la novela acompañó su convencimiento de la necesidad de una cultura que sea al mismo tiempo popular y artística, un desafío que tomó de Gramsci[15], que lo obsesionó, que explica su constante entusiasmo por la obra de García Márquez y que era una forma de conciliar la inclaudicable pasión estética con las ansias de justicia social y la preocupación política. Rama capaz de "desconfiar de la ilusoria pompa eternizante del libro", valoró la escritura en periódicos y revistas y nunca dejó de ejercerla, en parte por necesidad, pero también por el deseo de incidir sobre la realidad. Atributos como su legendaria capacidad de trabajo, su terco empeño y su curiosidad novelera dejaron sembrado en el más de centenar de revistas en que colaboró en una veintena de países distintos y en las casi 1500 notas en la prensa que registra su bibliografía, un itinerario de los novelistas y la novela en América Latina que completa (y muchas veces

adelanta) la teorización, los estudios en profundidad y los panoramas que sobre el género reunió en sus libros.[16]

CUBA Y LA RESPONSABILIDAD DEL INTELECTUAL. Dije que, cuando Rama asume en Marcha, Fidel entra en La Habana y Cuba invade las páginas del semanario. Al preparar este trabajo confieso que pude comprender esa rara obsesión no obsecuente pero por eso mismo desgarrada que existe en el Uruguay por Cuba, entendí algo que ya para mi generación resultaba un poco extraño: las polémicas en Brecha todavía en los años 80, los cismas que ocasionaba el tema cubano entre los intelectuales uruguayos a treinta años largos de ocurrida la revolución. Desde los inicios de la lucha contra Batista hasta la clausura del semanario, todas las secciones de Marcha –desde el editorial de Quijano a las caricaturas de la última página- siguieron cada movimiento que ocurría en la isla e interpretaron una y otra vez cada hecho y gesto de la nueva revolución. "Carlos Real de Azúa escribe sobre "La iglesia y Cuba", escritores como Ciro Alegría y Martínez Estrada publican sus memorias de permanencia en la isla, Quijano se pregunta quién es este señor Castro para declararse marxista leninista, etcétera, etcétera…

Una medida de esa fascinación lo da la nota de balance del año 1960 de las páginas literarias que comienza con estas provocadoras palabras: "El acontecimiento cultural del año, en nuestro país, ha sido un suceso externo: la Revolución Cubana". Y Rama agrega esto que prefigura tanto su futuro de crítico como el ambiente espiritual de las décadas venideras: "El año 1960 quedará marcado por esta exigencia de compromiso y los escritores por la respuesta que a él dieron". Ya estaban allí todos los términos de una discusión que diseñó y construyó una época: revolución – escritor – compromiso. El largo y muchas veces conflictivo camino de las relaciones de Angel Rama con Cuba ha quedado escrito en sus libros, sus polémicas, su diario personal y ha sido estudiado y reconstruido por críticos y biógrafos.[17] Incluye viaje como jurado del Premio Casas, la participación en proyectos colectivos, una atenta lectura de la literatura emergente de la revolución –Cabrera Infante, Norberto Fuentes, Reinaldo Arenas-, así como la atención a sus exiliados, a su política cultural, a la libertad y

la censura. Es una historia jalonada por hechos detonantes como el caso Padilla en 1971[18] o la dolorosa polémica con Reinaldo Arenas[19] una década más tarde; por distanciamientos y regresos; por reservas privadas y declaraciones públicas. De toda esa urdimbre me interesa rescatar ahora la imbricación que de ese devenir hizo Rama con el pensamiento y la teoría tanto del problema de la utopía latinoamericana como del rol del intelectual. Ya muy tempranamente la valoración de la novelística de Carpentier deviene polémica ideológica con Rodríguez Monegal así como el análisis del caso Padilla es trascendido para discutir la sovietización de la política cultural cubana de los años 70 y el protagonismo de los escritores –de los cubanos como antes también de los soviéticos cuando estudia la disidencia socialista, pero también de los compañeros de ruta como García Márquez o Cortázar o los detractores o desilusionados como Vargas Llosa- es analizado siempre por él en la perspectiva histórica del lugar del intelectual. Formado en la escuela marxista de Lukács y Hauser, admirador de las teorías de Gramsci, Rama hizo de "la responsabilidad del escritor" una preocupación permanente. Creyó con su época en el compromiso sartreano que él entendió como la misión de "romper con la clase dominante, enjuiciarla en las consecuencias diarias de su actividad distorsionadora y ambicionar una creación destinada a dignificar, elevar el nivel de un pueblo, heredero legítimo de la cultura"[20]. Y se adelantó a su época en su percepción de la cultura "en el correcto sentido antropológico" como "la articulación interna de la sociedad, su expresión válida, el conjunto de sus valores intelectuales y artísticos, sus modos y sus ideales de vida"[21]. Fue un precursor de muchos de los presupuestos de los estudios culturales en tanto supo valorar las posibilidades de las culturas populares, prestó su atención a las maneras heterogéneas de consumo artístico y a las condicionantes económicas de la cultura y supo detectar sin autoengaños el poder de las industrias culturales[22].

Esas preocupaciones que nunca abandonó lo colocaron muchas veces en un lugar incómodo dentro de la Academia. Cuando su pasaje por las universidades de Estados Unidos gozaba hegemonía de la crítica estructural y deconstructiva

que hizo bajar las acciones de la crítica historicista y social que era la suya y de la que nunca abdicó. Terry Eagleton señalaba que algo similar le había ocurrido a Raymond Williams y que, éste a diferencia del mismo Eagleton que trató de ponerse a tono, nunca se apartó de la fidelidad a algunos principios de crítica histórica porque eso reclamaba su compromiso intelectual.[23] Rama anota en su diario "la visión que tienen de mi los colegas, considerándome el abanderado de una crítica socioeconómica de la literatura que en principio rechazan pero que en mi caso están dispuestos a mirar con respeto porque no se les ofrece como reduccionista ni empobrecedora del texto artístico" (Marzo 11, 1980). Es significativo que por esos mismos años, un crítico como Edward Said compartía esas preocupaciones. En los textos reunidos en *El mundo, el texto y el crítico,* publicado originalmente en 1983, Said denuncia con cuidadosa complejidad las tendencias ahistóricas de la crítica anglosajona del momento –desconstruccionismo fundamentalmente- , la sustracción tácita de la tradición materialista y revolucionaria de Lukács, Sartre y Gramsci y la ruptura pronunciada entre la comunidad de críticos y el público en general. Al mismo tiempo reivindica en la crítica el establecimiento de una génesis de toda obra humana y niega la autarquía de las obras literarias. Aunque Rama –desde el lugar más marginal del área de los estudios latinoamericanos- no incursionó en ensayos teóricos, sus presupuestos y convicciones se entrevén en sus escritos de entonces y coinciden con los del palestino. Sintió también, aunque solo lo dejó escrito en su diario, sin llegar a teorizarlo, la aridez de la academia, la asfixia de habitar sólo el jardín universitario, aunque pudiese gozar de las bibliotecas anexas al jardín. Quizás por eso no dejó nunca de ejercer el periodismo cultural.

Su amigo Rafael Gutiérrez Girardot así lo creía. "No sólo por las conocidas circunstancias accidentales de la vida literaria en Latinoamérica –que ya no existían tan forzosamente en su época- fue angel Rama un "periodista" –escribió en un homenaje póstumo-. "Como muchos de sus contemporáneos, angel Rama hubiera podido escoger la erudición. Pero fue "periodista" porque sabía y sentía que el imperialismo político de su trabajo intelectual sólo podía legitimarse y

realizarse en la "plaza pública" en que consiste el periódico. Todos sus trabajos delatan esa actividad, y aquelos, como La ciudad letrada, enlos que ponía de relieve su capacidad de "scholar" logran que esta capacidad se beneficie del periodismo. De esa manera, Angel Rama, dignificó de nuevo estas actividades, que en Latinoamérica habían sido rebajadas a la trivialidad.."[24]

Con menos claridad quizás, pero con más poesía, el propio Rama había escrito: "Escribimos en Nuestra América sobre el papel del tiempo, sobre el tiempo perecedero, escribimos sobre la urgencia del lector y el medio y la hora que vivimos o nos vive, y sin duda el tiempo nos escribe y nos dispersa y en cenizas nos convierte".[25]

---

[1] Hugo Alfaro: *Navegar es necesario: Quijano y el semanario Marcha*, Montevideo, Banda Oriental, 1984. La cita corresponde a una carta de Quijano dirigida al autor con fecha 15 de agosto de 1982.
[2] A. Rama "La lección intelectual de Marcha" en *Cuadernos de Marcha 2ª. Época,* México, mayo-junio 1982.
[3] Op. cit.
[4] Pablo Rocca *35 años en Marcha Crítica y Literatura en Marcha y en el Uruguay 1939-1974,* Montevideo, Colección Los Premios, División cultura de la IMM, 1992.
[5] La generación crítica 1939-1969, Montevideo, Arca, 1972.
[6] La adhesión a la teoría generacional persistió en Rama como instrumento básico de su comprensión de la literatura. En 1967 al frente del Departamento de Literatura Hispanoamericana dicta en la Universidad uruguaya un curso dedicado a "El método generacional". (Carina Blixen- Alvaro Barros Lemes: *Cronología y Bibliografía de angel Rama,* Montevideo, Fundación Angel Rama, 1986, p. 33.
[7] Véase al respecto la síntesis de Oscar Brando en *La generaci;on del 45,* Montevideo, Editorial Técnica, 2002, p. 21-24.
[8] El Comercio de Lima, diciembre de 1983
[9] Pablo Rocca hace un asedio especialmente dedicado a medir la pelea por el poder protagoizada por ambos críticos en *35 años en Marcha* (op. cit), anotando cada gesto e interpretando cada movimieno desde la sospecha de la planificación de una estrategia que conquiste el liderazgo. Ejemplo extremo –y patético- de esta lucha lo dio la última entrevista de Emir Rodríguez Monegal en Uruguay, cuando aunque había venido ya muy enfermo
[10] *La generación crítica,* Montevideo, Arca, 1972p. 88-89.
[11] A Rama: "Un filósofo examina América Latina", *Marcha*, No. 1223, 18 /IX/ 1964 p. 31. La entrevista (para tranquilidad de ortodoxos) se publicó con un perfil filosófico de Zea escrito por Arturo Ardao.
[12] "La novela y la crítica en América Latina. Marcha No. 10005. 22 de abril 1960 p. 21.
[13] A. Rama. "Augusto Roa bastos en Montevideo", No. 1035, 18.XI. 1960, p. 23
[14] *La novela latinoamericana 1920-1980*
[15] En nota que dedica a los *Cuadernos de la cárcel,* del teórico italiano rescata la cita de que "nada impide teóricamente que pueda existir una literatura popular artística" (En *Marcha,* No. 1077, 29/IX/1961.
[16] La Bibliografía de Rama, preparada por Alvaros Barros Lemes registra 1420 entradas bajo el título de "Ensayos, artículos, notas, reseñas" y da las cifras citadas. Resulta instrumento imprescindible para localizar pero también medir la frecuentación de temas, autores, problemas en la obra periodística de Rama. (op. cit. en nota 6)

[17] Véase especialmente Rosario Peyrou en Prólogo a *Angel Rama: Diario 1974-1983,* Montevideo, Trilce, 2001 y Carina Blixen en la *Cronología…* op cit.

[18] A partir de un recuadro con la noticia el 16 de abril de 1971, No. 1539, p. 29, *Marcha* acogió todas las posiciones y destinó innumeras páginas al debate. Desde Mario Vargas Llosa a Mario Benedetti, Enrique Lihn a Fernández Retamar, con firmas de apoyo y de rechazo.

[19] Rama había editado a Arenas en Montevideo y había escrito sobre él, pero a raíz de notas sobre el exilio latinoamericano que no incluían a los cubanos se da la ruptura entre ambos, con el agravante que los ataques de Arenas ocurren en Estados Unidos en el momento en que a Rama se le niega el permiso de residencia. (Véase Peyrou, Rosario, y Blixen Carina, op. cit, Rama. "Mi trampa 28 en los Estados Unidos", El Universal, enero 23, 1983).

[20] Citado por Jean Franco en "Angel Rama y la cultura latinoamericana", Revista Texto Crítico No. 31-32 dedicado a Angel Rama, Xalapa, México, 1985.

[21] A. Rama, "Por una cultura militante" Marcha no. 1287, 31.12.1965.

[22] Al analizar las políticas culturales del estado uruguayo en 1965 dice que la cultura de la mayoría de la población está "en manos de los canales de tevé, conta los cuales ya no habrá escuela, ni universidad, ni familia capaz de luchar (…) Son ellos los que en este momento rigen la cultura del país" *Marcha,* "Por una cultura militante" cit. También la serie de notas que sobre el precio del papel publicó en Marcha.

[23] *"Cuando el estructuralismo y la semi;otica estaban más de moda, Williams se atuvo a su interés por lo "no discursivo" y vio cómo los antiguos adeptos del estructuralismo se reencontraban con ; el en su descubrimiento de Voloshinov y Foucault".* Terry Eagleton: *La función de la crítica.* Paidós, Barcelona, 1999. p. 123

[24] R, Gutiérrez Girardot: Angel Rama: nobleza y pasión, *Texto Crítico No. 31-32,* M;exico, enero agosto 1985. La cita en verdad concluye diciendo "la trivialidad por los primores de Germán Arciniegas"

[25] Prólogo a *La novela latinoamericana Panoramas. 1920-1980,* Bogotá, Colcultura, 1982.